

Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansión Comercial
Band: - (1953)
Heft: 4

Artikel: ¿Hemos de acomodarnos a los tiempos presentes?
Autor: Gaumont-Lanvin, J.
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-797485>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 16.02.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

¿ Hemos de acomodarnos
a los tiempos presentes ?



En el hotel particular de Jeanne LANVIN, ahora abandonado, debe estar todavía en un rincón del cuarto que servía de desahogo aquel estereoscopio Richard que servía para examinar las vistas tomadas con un veráscopo. Recuerdo aquella serie que apasionó mi niñez, la de las carreras hípicas.

Todos los domingos después del almuerzo, mi tía Juana LANVIN y mi madre iban a Longchamp, Auteuil o Chantilly los días de carreras. Llevaban vestidos largos y espumeantes y, sobre los moños, enormes y complicados sombreros con velos y flores. Me admiraban las muselinas, los velillos, los guantes finos, aquellas sombrillas con largos mangos, la esencia de lirio que las envolvía, todo aquel refinamiento de la parisienne de antes del año catorce. El doble faetón con transmisión de cadena, un monumental Lorraine-Dietrich, se las llevaba a paso mesurado, y el mayor lujo del mundo estaba ante mis ojos.

A veces, cuando la doncella ordenaba la ropa blanca femenina, yo contemplaba a escondidas, turbado y colorado, las camisolas, las enaguas y los pantalones de irlanda, adornados con cintas de suaves matices. Si por casualidad se me admitía al desfile de las carreras, veía pasar toda aquella gente prestigiosa, señoritas pálidas y enfaldadas, caballeros con sombrero de copa gris y con los gemelos en bandolera.

Cierto día, la princesa Ghika, por otro nombre Liana de Pougy, toda envuelta en frufrús y acompañada de dos negritos como pagés, vino a visitar a Jeanne LANVIN.

Por aquella época, el perfil de la bella Madame Chéruit se proyectaba sobre el álbum de la costura y Poiret prodigaba sus excentricidades dando fiestas en su finca de Butard donde el champán manaba de las fuentes, y cuando Doucet era el príncipe de la elegancia, mientras que Diaghilev daba

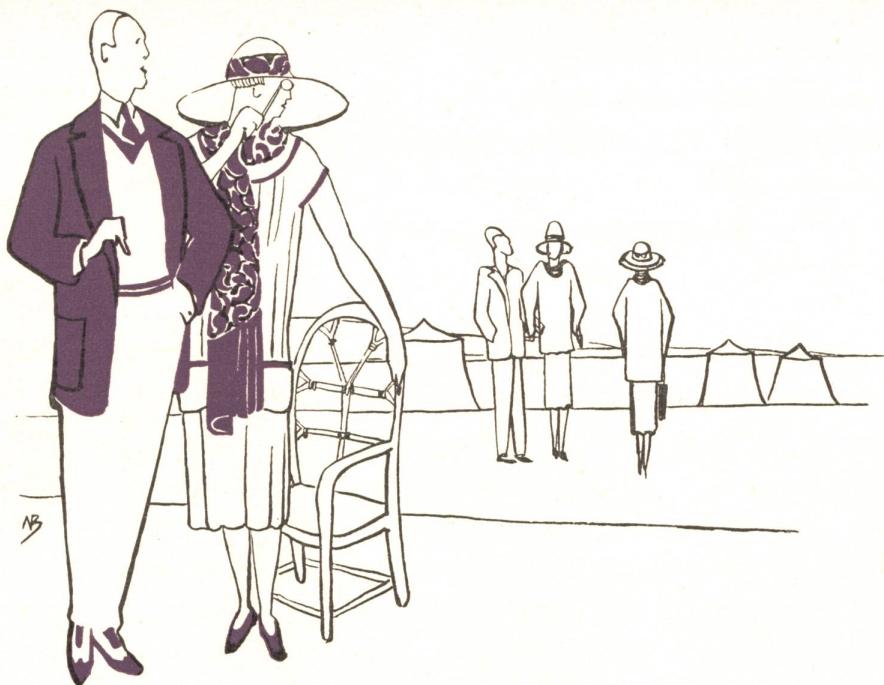
a conocer los Ballets Rusos, cuando esta vida era, según parece, maravillosa y la gente siempre estaba alegre, y cuando, de la cena de Navidad en la « Abbaye de Thèleme », volvían mis padres más cargados que los Reyes Magos con accesorios de cotillón, cuando el paseo de la playa de Trouville eran lo más « urf » y las mujeres eran objetos de lujo, frívolas, ruinosas y cautivadoras.

* * *

Luego sobrevino la guerra de 1914. La época de la mujer enfermera, del ama de casa, de la mujer con falda corta, de la mujer activa en los negocios, de la mujer que descubre el sufrimiento, la muerte y las responsabilidades. En los dancings de alrededor de la Ópera, de la Rue Caumartin, de la Rue Edouard-VII, se va creando un nuevo tipo de mujer, de andares más sueltos, calzando botas altas como las de los aviadores, que descubre los cocteles y se desembaraza del corsé, una mujer que se manifiesta a sí misma por la ausencia de los hombres. Y empecé a olvidar aquellas damas de mi infancia para admirar las mujeres de mi adolescencia, las que amé algo después en el desenfreno de la postguerra, con sus vestidos ultracortos, su cabello cortado y peinado liso, sus boquillas de cigarrillos, sus aires a lo garzón, su línea simplificada y su cutis tostado por el sol, ya por entonces.

Por ser muy joven, las fotografías de 1909 o de 1912 me parecían ser imágenes de otro siglo. La vista de los cogotes afeitados, erizados de pelillos crecederos y de repugnante aspecto me parecía el compendio de todas las beatitudes, y aquellos grotescos vestidos de 1925, semejantes a los de niñas envejecidas, carentes de formas, me llenaban de arrobo.



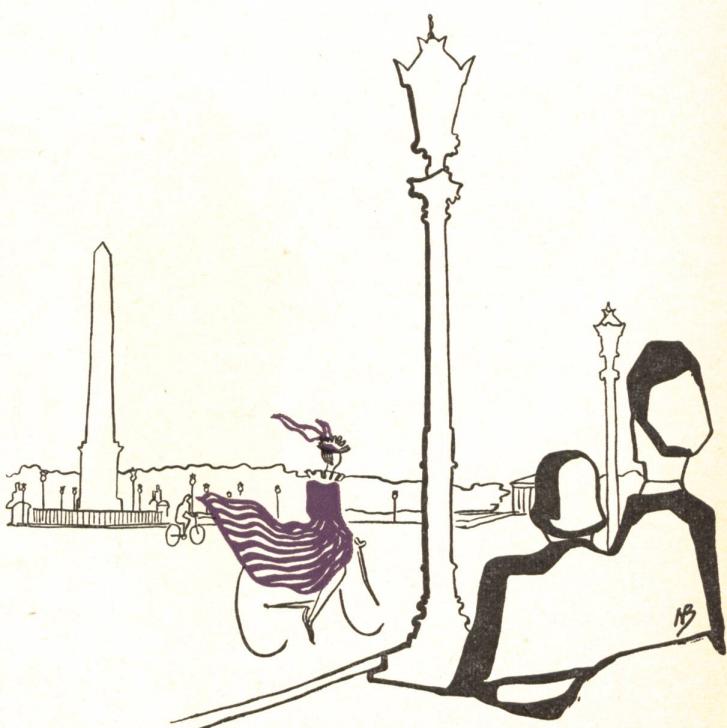


Se acabaron los vaporosos vestidos, pasados de moda, arrinconados; olvidados ya los frufrús y la ropa interior reducida a su más mínima expresión.

El cuerpo de la mujer se fué modificando con la moda. Ya no tenían cintura y apenas pecho, habían de ser lisas y casi masculinas; las Dolly Sisters parecían sublimes. Y hasta guiaban ellas mismas sus coches. Aquel día en que la bailarina Rahna me hizo recorrer los Campos Elíseos en su Citroën blanco de 5 HP fué para mí un día de orgullo. Podía verlas cuando iban llegando a la Casa de Modas de mi familia, Jane Renouard, Ivonne Printemps o Regina Camier, cuyo pecho erguido hacía acudir a todo París a las representaciones del «Cocu magnifique», dejando al borde de la acera su cabriolet y entrar en el salón de prueba donde yo tenía el derecho de entrar cuando les habían puesto ya el vestido. Seguían siendo grandes coquetas, aunque más sencillas en su presentación, pero siempre preparadas, discretamente pintadas y perfumadas, con las uñas brillantes y los labios exactamente pintados.

* * *

Y fueron pasando los años y con ellos, la última guerra. Las preocupaciones de los días de carencia, el metro, la bicicleta, las suelas de madera y de corcho, los tejidos hechos con sucedáneos. La generación de mujeres de antes del 1939 continuaba cuidando de su aspecto. Pero las jovencuelas apenas salidas de la edad ingrata nos hicieron ver otro tipo femenino, el nuevo, el que, desgraciadamente, iba a prevalecer. Las jóvenes artistas que venían a probar los vestidos, llegaban con la cara grasa, los labios sin pintar y sin empolvarse. Su cabellera larga y despeinada colgando en madejas enmarañadas, y hasta algunas venían desde el Faubourg Saint-



Honoré vestidas con pantalones. Ya no era indispensable salirme del salón donde se desvestían aunque las más vestidas sólo llevasen puesto un sostén, un sujetador y un slip. Los manicuras y pedicuras no debían ganar mucho con sus uñas y sus dedos. Pero los jóvenes, no por ello dejaban de exteriorizar su entusiasmo. Comprendí que verdaderamente iba envejeciendo y me pregunté si conviene que nos acomodemos a los tiempos presentes.

* * *

Porque según mi parecer, el problema femenino sigue siendo el mismo y las mujeres que no lo comprendan así no tienen razón. Indudablemente que hay que contar con la moda, con las condiciones de existencia y también con el presupuesto disponible. ¿Quién podría gastar hoy esa lencería de puro hilo, arácnea y que se ajaba al cabo de una hora? Pero si la mujer se olvida de su papel tan hechicero, si abandona la preocupación de gustar y si reserva a las aberraciones masculinas de la época actual esa acogida tan indulgente como inexplicable, es porque busca a suicidarse. He ahí por qué rehuso acomodarme al tiempo actual y a pasmarme ante la juventud de Saint-Germain-des-Prés, y por qué siento, como muchos de mis contemporáneos, una dulce melancolía al recordar las mujeres flores de mi infancia, por qué amo las sedas crujientes, los aéreos organdíes, las cabezas bien peinadas y los sombreros graciosos. Ciento que son éstas palabras de viejo, pero no soy el único que así se expresa. Porque, después de la natación deportiva, hay lugar para el vestido de verano, o para el vestido de cóctel después del pantalón de esquiar; porque, después de un día de fatiga, hay el descanso que procuran los vestidos de interior o el suntuoso revuelo de los vestidos de soaré y, para todas las horas del día, la recompensa para el trajín de los hombres que consiste, según creo, en la contemplación de las mujeres que saben desempeñar su papel, su papel de belleza.

Por estas razones estoy conforme en acomodarme a los tiempos actuales, pero con todas las reservas debidas.

J. Gaumont-Lanvin.

